

# VIETNAM: LA CRISIS DE UNA CULTURA

## Más allá de la teoría de las fichas de dominó

Con la entrada en Saigón de las fuerzas del ejército popular de liberación ha llegado a su término uno de los capítulos más importantes de la historia contemporánea. Pero su contenido y sus efectos permanecerán irrevocablemente. No se trata de los resultados geopolíticos, de la reestructuración del sistema de fuerzas y equilibrios, tal como simplificadoramente se ha venido representando en la teoría de las fichas de dominó. Se trata de la enormidad de la experiencia que la humanidad ha vivido. La imagen de las fichas de dominó

ky (1). Se trataba de una operación excesivamente costosa y molesta, ineficaz, en la cual no se acababa de encontrar la línea certera.

Pero no es ésta, naturalmente, la oposición a que nos referimos como fenómeno irreversible de nuestra cultura, sino a aquella que ha partido de una sensibilización ante la tragedia. Que ha hecho examen de conciencia ante ella. Y entonces ha trascendido el puro moralismo inicial —inicial también en estas líneas— o lo que sería el mero buceo freudiano en nuestros impulsos tanáticos, para avanzar hacia el análisis de las condiciones y situación de una sociedad que se llama avanzada y en la cual se hacen posibles —e incluso necesarias

dad de una civilización orgullosa se ha unido la ineficacia, para su mayor escarnio. Ambos momentos van a constituir el objeto de la presente reflexión.

## El fracaso de una técnica y su sentido

Este fracaso del arsenal bélico puesto en pie por los Estados

Unidos hubiera podido servir un bonito tema de exaltación a ciertos humanistas antimodernos bajo el rótulo «el hombre y la técnica, superioridad del primero de estos términos». Lo malo es que no cuadra muy bien con sus alineaciones —y alienaciones, aquí la errata es irrelevante— considerar a los militares del Vietcong como testimonio de los grandes valores antropológicos.

## Carlos París

es absolutamente mecánica y, como el mundo de la mecánica, reversible. No lo es, en cambio, la experiencia humana del sufrimiento, la injusticia y el engaño. Después de Vietnam, aun con el triunfo final de las fuerzas liberadoras, la vida del hombre actual no puede, no debe —si es mínimamente consciente— seguir siendo la misma.

Ello nos impone un tremendo y gravísimo esfuerzo de reflexión para penetrar el gigantesco absurdo representado por el sufrimiento impuesto a todo un pueblo en defensa de su personalidad. Un pueblo que ha tenido que resistir desde el «napalm» hasta las sonrisas, las «aldeas de nueva vida» y la corrupción. Hace más de una década que este esfuerzo de reflexión se convirtió en una poderosa oleada de los intelectuales más conscientes del mundo occidental y en repetidas ocasiones también adquirió formas de movimiento de masas.

No podemos pensar ingenuamente que estas acciones de la opinión pública pesen demasiado hasta ahora sobre la política interesada de las grandes potencias en sus decisiones neocolonialistas. La guerra la ha ganado la resistencia ilimitada de un pueblo que ha sometido el poderío norteamericano a un desgaste incesante, que ha llegado a su dintel. De hecho, gran parte de la oposición a la guerra en Estados Unidos —de la oposición más o menos oficializada— ha tenido un significado puramente pragmático, como ha subrayado Chomsky

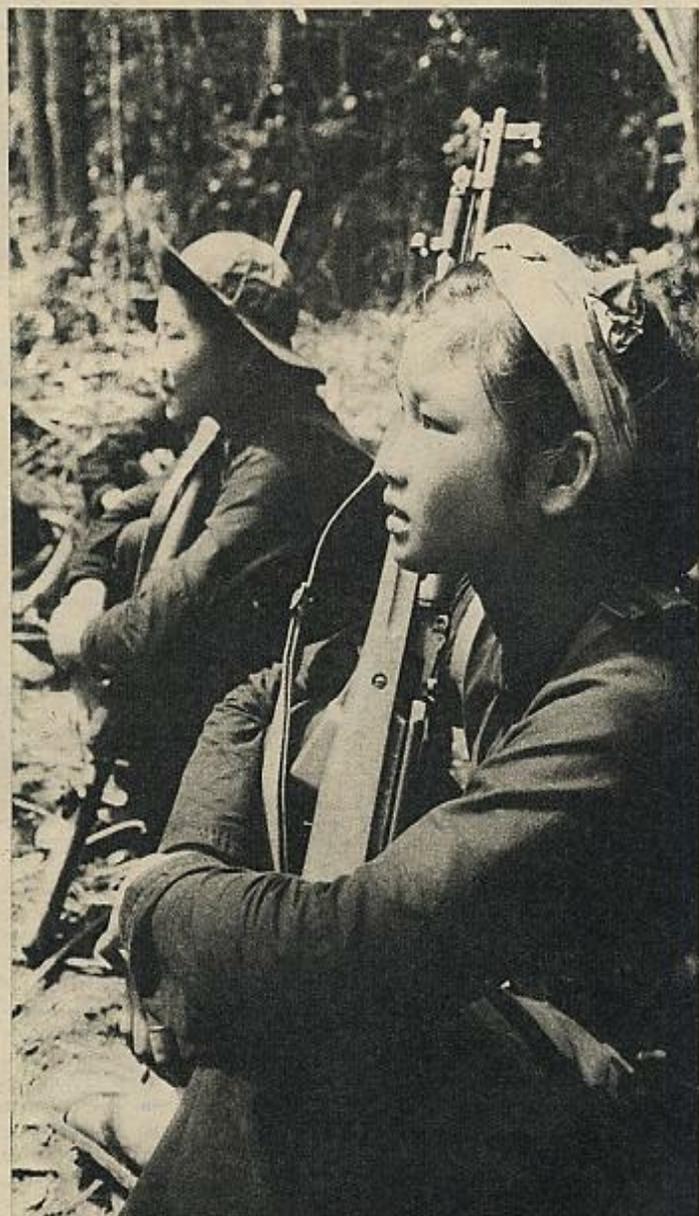
desde su más profunda lógica—enormidades como ésta.

Toda una cultura ha revelado su verdadero fondo, como cultura de dominación despiadada. Han caído los viejos mitos exaltadores. Recordemos a pensadores como Popper cuando nos presentaban a «la sociedad de la comunidad atlántica» como «el mejor mundo que haya existido» (2). Los ojos asombrados y aterrados de los ciudadanos de tal civilización han visto cómo el respetable doctor Jeekyll se convertía en mister Hyde. Para la transformación bastaba con que los intereses del capitalismo o el cinturón defensivo creado por el terror obsesivo al comunismo se sintieran amenazados. El hombre ha podido tomar conciencia de la manipulación ideológica, informativa, propagandística, en una cultura con la cual se quería identificar a sus intelectuales como profesionales privilegiados de la misma.

Estos son descubrimientos que no deberán perderse en la voluntad humana de ahogar las pesadillas, que, por el contrario, deberán ahondarse y llevar a una actuación consiguiente. Pero además el modo concreto con que la guerra por fin se clausura nos entrega otro motivo de meditación: el fracaso de una máquina de destrucción industrial, militar, tecnológica de apariencia invencible. A la perversi-

(1) Noam Chomsky, «La responsabilidad de los intelectuales». Ariel. Barcelona, 1971. Págs. 16-17.

(2) Karl Popper, «El desarrollo del conocimiento científico». Paidós. Buenos Aires. Págs. 426.



Algunos documentales nos han presentado en televisión la formación de los «marines» basada en la despersonalización y mecanización del comportamiento del individuo, tendiendo a convertirlo en un robot con adiestramiento skinneriano.



La guerra la ha ganado la resistencia ilimitada de un pueblo que ha sometido el poderío norteamericano a un desgaste incesante, que ha llegado a su dintel.

cos. Desde luego, tal hipotética retórica independiente del significado de sus mantenedores se hubiera montado sobre bases falsas. Porque no se ha enfrentado el hombre con la técnica —no hay hombre sin técnica ni la máquina guerrera americana es la técnica sin más—, sino dos técnicas distintas, en que se revelan diversos proyectos de humanidad. La voluntad de resistencia, la tenacidad y el heroísmo del pueblo vietnamita supieron alumbrar su propia técnica vencedora, encontraron su propio lenguaje técnico.

La técnica norteamericana se cifró fundamentalmente en el montaje de un potencial destructivo masivo. El ideal estaba tan introyectado que Chomsky ha podido recoger las discusiones sobre la gratificación profunda del piloto de combate cuando hacía saltar un dique provocando inundaciones catastróficas (3). Esta técnica, pensada como elemento definitivo, podría cualificarse a través de varios rasgos.

En primer lugar, su carácter cuantitativo. En atención a él calificó Giap, según ciertos testi-

monios (4), la estrategia americana como una «estrategia aritmética».

(4) Cfr. Oriana Fallaci, «Entrevista con la historia». Noguer. Barcelona, 1974. Pág. 54.



El mito de la neutralidad de la ciencia y la tarea intelectual es otro de los que han caído pulverizados. En la foto, el lingüista Noam Chomsky, uno de los científicos que más lúcidamente han denunciado la intervención norteamericana y la responsabilidad de los intelectuales.

En segundo lugar, es muy llamativamente una técnica centrada en la máquina, desde los grandes bombarderos y los ordenadores hasta las máquinas tragaperras que desembarcaban con las divisiones para cuidar su ocio. Añadamos además que actúa siempre contra reloj, se incorpora la obsesión de vencer el tiempo en la velocidad de las máquinas, en la determinación cronológica de los programas, en la puntualidad. Final y decisivamente, el economicismo centra su fe en la magia del dólar. Es problema de presupuestos, todavía en los últimos momentos han sonado las voces que proclamaban que la derrota era pura cuestión presupuestaria.

A esta técnica básica como elemento de decisión se añadían otras de índole muy distinta. Por una parte, el intento de imitación y respuesta en la antiguerrilla, pero principalmente las técnicas de reconstrucción y captación, guiadas esta vez no por la industria y las ciencias de la naturaleza, sino por las ciencias humanas, la teoría política, la antropología, la psicología, la sociología. Mientras el primer despliegue técnico, aunque no fue capaz de

la victoria, resultó ciertamente terrorífico y devastador, el segundo, en cambio, si hemos de creer a ciertos testimonios, como el de Mary McCarthy (5), se mostró extraordinariamente ridículo. De una puerilidad que nos recuerda las ya viejas sátiras de «El americano feo» respecto a la capacidad del mundo oficial norteamericano para comunicar con una realidad distinta. Este mismo desnivel es ya una característica significativa.

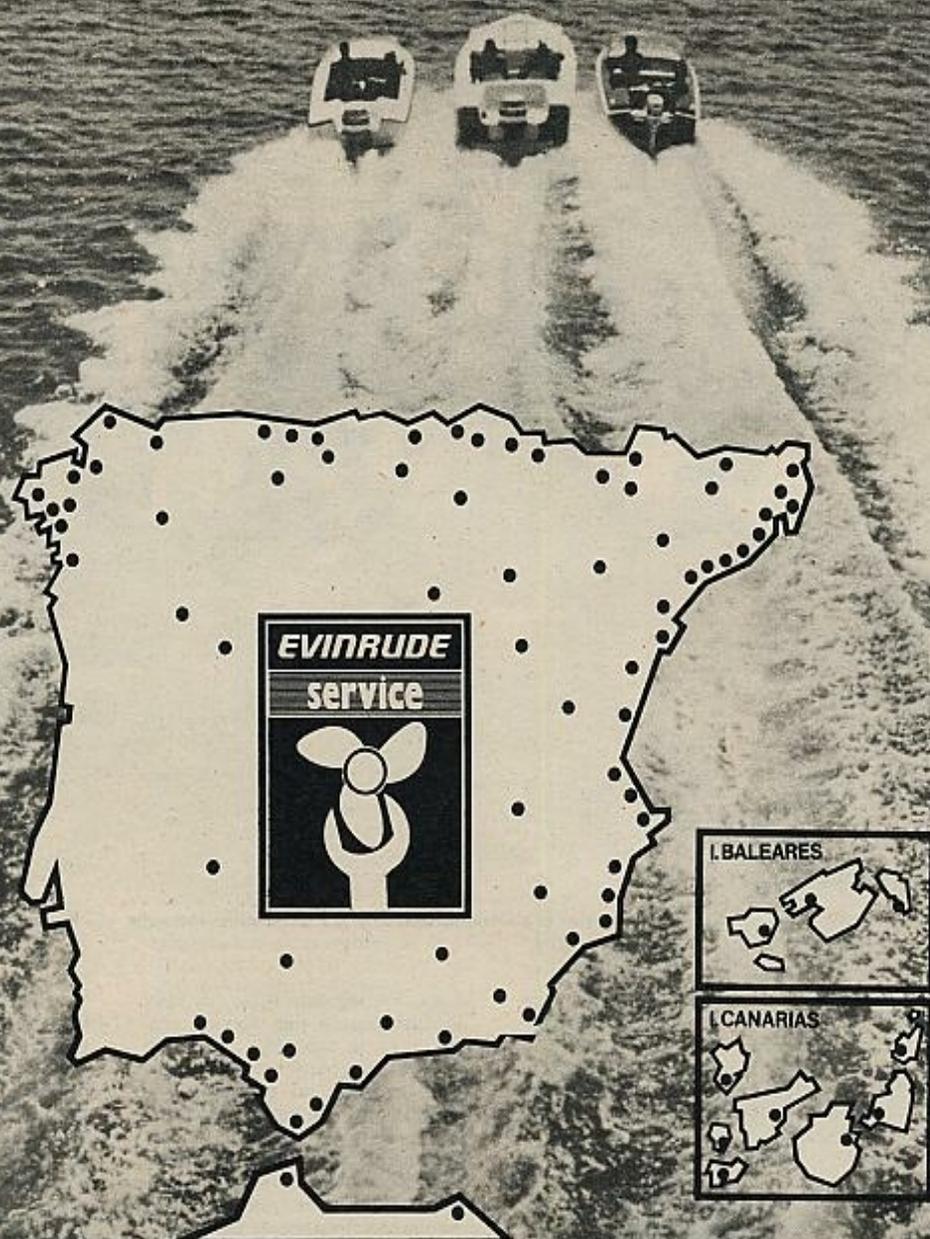
### La lucha vietnamita como expresión cultural

Frente a estos planteamientos, la resistencia vietnamita levantó una concepción absolutamente opuesta, basada en una concepción muy distinta de la vida y en una percepción de las posibilidades humanas mucho más amplia. Emergente sobre la magia de los números, las máquinas y la lucha con la temporalidad, aun-

(5) Mary McCarthy, «Vietnam». Seix y Barral. Barcelona, 1968.

(3) Chomsky, op. cit., págs. 21-22.

# España: un país rodeado de Evinrude por todas partes



Evinrude siempre está cerca de Ud. y de su embarcación. En todas las poblaciones marítimas — y también en las de tierra adentro — está el Servicio Técnico Evinrude junto a las playas, lagos, ríos y pantanos.

A través de la guía telefónica hallará el Servicio Técnico Evinrude que le cae más cerca... ¡seguro que no está lejos! Evinrude siempre está junto a usted para echarle una mano... si es que hace falta.

## EVINRUDE



DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO PARA ESPAÑA

### MOTORMASO

ENTENZA, 192-194 TEL. 32136 58 (3 Líneas) BARCELONA-15

## VIETNAM

que capaz, por supuesto, de aprovechar los elementos válidos de la técnica occidental capitalista, insertándolos en su estrategia y su táctica. Su lógica actuó provocadoramente por reducción al absurdo, sabiendo que el enemigo, cegado por su propia mitología, acumularía los errores y que su mismo gigantismo le llevaría, como en la extinción de los grandes saurios paleontológicos, a su debilidad. Según se nos ha relatado, dijo Giap: «Los norteamericanos perderán definitivamente la guerra en el momento en que sus efectivos alcancen su máximo, y la gran máquina que han puesto en marcha no sabrá ya moverse. (...) Porque toda su fuerza, su riqueza, se convertirá en su piedra al cuello» (6).

Es fundamental en esta oposición de planteamientos estratégicos el aspecto temporal. Los norteamericanos tenían que luchar contra el tiempo por razones múltiples, desde las necesidades políticas internas, electorales, hasta el sentido mismo de su cultura, con su mitología obsesionada por la juventud, que ve en el tiempo un gran enemigo. Los vietnamitas, en cambio, miraron el tiempo como un aliado. No se trataba de conseguir éxitos periodísticos o electorales, ni de cumplir programas tecnocráticos, sino de sentar las bases de una nueva historia. Partieron, así, de la idea de Mao de la «guerra larga».

Ello ya desde el Vietnam y la lucha contra los franceses. «La línea general estratégica de nuestra resistencia es la siguiente: llevar una guerra de larga duración». Así marcaba la pauta básica en 1947 la publicación «La resistencia vencerá», de Trung Chinh (7). Y en 1969 aún hablaba Giap de «una guerra de diez, quince, veinte, cincuenta años» (8). Se ha venido utilizando como símbolo tópic de esta guerra el bíblico de David y Goliat; a la luz de estas consideraciones quizá podríamos utilizar como más adecuado el paradigma helénico de la liebre —o Aquiles— y la tortuga.

Ahora bien, cuando el tiempo es un camarada, y no un enemigo, su decurso no es una tragedia, sino un proceso positivo de germinación, un desarrollo de fuerzas creadoras. Así se concibió la formación del ejército popular, la evolución de la guerrilla a las grandes unidades en toda la historia liberadora de Vietnam, desde el fin de la guerra mundial.

Este ejército, nacido del pueblo, alumbrado por él y por él arropado, adquiere también un carácter insólito respecto a las concepciones tradicionales en nuestro mundo. Algunos docu-

mentales nos han presentado en la televisión española la formación de los «marines» —al parecer con orgullo— basada en la despersonalización y mecanización del comportamiento del individuo, tendiendo a convertirlo en un robot con adiestramiento skinneriano. La concepción, en cambio, de Giap es la de la imposición de una triple democracia en el ejército, democracia política, militar, económica. La difusión colectiva, la crítica global, incluyendo en ella al mando. ¿Quién puede dudar ahora de la superioridad no sólo en humanidad, sino en eficacia de este ejército frente a estereotipadas concepciones castrenses?

Si el sentido del tiempo se proyecta esperanzadamente hacia el futuro, también podríamos hablar de una similar dilatación hacia el pasado en la recuperación y conservación de las más antiguas técnicas de combate, ligadas incluso a la caza prehistórica y la lucha entre las especies. Técnicas que una mentalidad absorbida por los mitos más triviales de la civilización industrial creería poder despreciar. Las trampas, la sorpresa, la guarida en las copas de los árboles o en las entrañas de la tierra, el transporte a brazo y las inmensas jornadas a pie, estas técnicas se han enfrentado con la tecnología científico-industrial más poderosa. Determinando situaciones típicas del contraste, como la ocultación en las corrientes fluviales cuando los aparatos científicos dedicados a la caza humana perseguían la detección de las radia-

ciones del guerrillero o del caminante de la ruta de Ho Chi Minh.

A un soldado que se sentía siempre pisando la hostilidad, el acecho, que sólo se percibía seguro en el vientre de una máquina o en la panza de un «bunker» se oponía un combatiente que se fundía con la tierra, con el agua, con la vegetación, con el mundo natural —y también, por supuesto, con su propio medio social—. Se observará, quizá, que este es el arsenal en cualquier guerra de un pueblo de menor desarrollo industrial enfrentado con una potencia invasora. Mas justamente esta observación nos lleva a precisar lo más típico de este caso. En primer lugar, que toda esta arcaica tecnología ha sido sometida a un alto grado de elaboración y sistematización racional. Recordemos la teorización de la guerrilla desde Mao. No se trata, pues, ya de una mera reacción primitiva, sino de una elevada racionalidad que se apodera, precisamente por su potencia y sentido, de la historia de los más viejos recursos. Por otra parte, según ya hemos señalado, este mundo de recursos tácticos es combinado con la más moderna técnica industrial, especialmente en las grandes unidades. Filosóficamente podemos observar de qué manera este comportamiento sintético se adecua a los principios de la dialéctica, concretamente a la ley de «la negación de la negación». La civilización industrial capitalista no es meramente negada —ni tampoco las formas más remotas de la cultura—; es «reasumida» a un nuevo nivel.

Si el sentido de la permanencia histórica lleva a potenciar nuestro fondo arcaico, con mayor razón aún conducirá a recuperar los grandes sucesos históricos de la comunidad. Las épicas luchas por la independencia, los levantamientos contra la dominación china y las figuras que participaron en ellos, bañadas por la leyenda, son recuerdos colectivos movilizados ahora nuevamente (9). Y nos enseñan que los pueblos y sus mundos culturales son bastante más que espacios estratégicos, pura geometría en un juego de dominio entre las grandes potencias. El cálculo tecnocrático que olvide estas «variables» —siguiendo el juego de su lenguaje— se aboca a la derrota.

Sin embargo, este olvido del hombre, de sus comunidades culturales, de su historia, no es una omisión subsanable, un resultado de un análisis tecnocrático incompleto que podrían remediar teóricos más exhaustivos; es algo que forma parte esencial del fetichismo capitalista, de la cosificación del mundo creada por éste. Como lo son los otros aspectos de este mundo técnico que hemos examinado, mecanizado, angustiado temporalmente por sus criterios de rendimiento, destructivo del hombre y la naturaleza. La relación guerra-capitalismo no es sólo una relación de generación y apoyo mutuo —como

(9) Cfr. «La resistencia vencerá», cit.



A un soldado que sólo se sentía seguro en el vientre de una máquina o en la panza de un «bunker», se oponía un combatiente que se fundía con la tierra, con el agua, con la vegetación...

(6) O. Fallaci, op. cit., pág. 56.

(7) Cfr. Nguyen Nghe, «¿Por qué venció el Ejército Popular?», en la obra colectiva «Vietnam. Del colonialismo a la liberación». Araudú. Buenos Aires, 1965.

(8) O. Fallaci, op. cit., pág. 57.

Cuide su césped  
eléctricamente con

# Black & Decker

Sinfatiga · sin polución · sin ruidos

De la manera más fácil  
¡Sólo apretar el botón!

Recorta céspedes  
rotativos a partir  
de 3.990 ptas.

Una buena inversión · Se amortizan por sí mismos

Los recorta céspedes y recorta hierbas Black & Decker, son tan manejables que hasta una mujer puede accionarlos incluso en terreno ondulado. Su funcionamiento es tan fácil como el de una aspiradora. En cualquier tipo de trabajo proporcionan unos resultados excepcionales.



**D 486  
RECORTA  
CESPED DE LUJO**

Suministrado con alargador de cable. Máquina de perfecto acabado con un sistema de ajuste de altura simplificado.

P.V.P. 4.400,- Ptas.

**D 484  
Recorta césped**

Suministrado con alargador de cable. 3 alturas de corte.

P.V.P.  
3.990,- ptas.



**D 489  
Recorta césped**

Acción de corte por tambor y cuchillas helicoidales. Recoge hierbas incorporado.

P.V.P.  
8.400,- ptas.



**D 473  
Recorta hierbas  
de acabados**

Consigue acabados perfectos. Apto para lugares de difícil acceso.

P.V.P.  
3.340,- ptas.



### MAQUINAS ACCIONADAS POR BATERIAS RECARGABLES.

**8280  
Recorta hierbas**

Muy manejable. Para trabajos de acabado donde no alcanzan los recorta céspedes.

P.V.P.  
4.000,- ptas.



**8290  
Recorta hierbas  
y césped de  
acabado**

Ideal para los recortes finales y lugares de difícil acceso.

P.V.P.  
4.500,- ptas.



GRATIS recibirá un catálogo informativo enviando este cupón a Black & Decker, Apartado No. 40 - S. Baudilio LL. (Barcelona).

Nombre \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

Población \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

en la etapa en que la guerra vietnamita fue un negocio y una necesidad de la industria americana—, es una relación de difusa compenetración estructural. De aquí el valor expresivo de esta guerra que concluye.

### La autocritica y mentalización en el mundo intelectual norteamericano

Esta capacidad de desenmascaramiento ha sido sin duda uno de los resultados más decisivos de esta contienda. Y de los que saltando sobre el confinamiento geográfico podrían estar llamados a un mayor significado para la historia que se abre en el mundo occidental. Con ello reanudamos el cabo que había quedado suelto en el planteamiento inicial de estas consideraciones y que nos ofrece otra importante zona reflexiva sobre el significado cultural de esta guerra.

El fenómeno más importante se ha producido en la propia Norteamérica, entre los ciudadanos de la potencia cuyos dirigentes implicaban y movilizaban física, económica e ideológicamente. Lenin insistió reiteradamente en la importancia que tiene en toda guerra anti-imperialista el apoyo de las fuerzas progresivas de la metrópoli colonial, pensando especialmente en las fuerzas proletarias. En Estados Unidos han sido los sectores intelectuales y universitarios, más exactamente la vanguardia más consciente de los mismos, los que desde la mitad de la década de los sesenta fueron percibiendo y denunciando la acción monstruosa en que su pueblo había sido embarcado. Es este, sin duda, uno de los acontecimientos en que puede anunciarse la iniciación de la marcha en Norteamérica hacia una nueva sociedad de vuelta de sus mitos.

Desde el escándalo ético se avanzó hacia el planteamiento de temas decisivos para el intelectual como miembro de una colectividad. La función de la Universidad, de la ciencia, de la inteligencia en la sociedad actual, en una sociedad apoyada justamente en la ciencia y la tecnología científica, surgieron como cuestiones ardientes y angustiosas, no ya como meros temas de debate académico convencional.

Porque, como escribió Roszak, editor del importante testimonio colectivo que representa «The dissenting Academy», «... debemos reconocer la desmoralizadora verdad que la guerra de Vietnam nos enseña: que la guerra es en alto grado producto de una deficiencia cultural de nuestra propia comunidad académica» (10). En

esta responsabilidad denuncia Roszak —como también Chomsky— a los pulcros y rigurosos académicos «convencionalmente liberales» de las mejores Universidades del país, asesores e impulsores de la Administración, así como el silencio de la Universidad americana antes de 1965.

Y es que el mito de la neutralidad de la ciencia y la tarea intelectual es otro de los que han caído pulverizados. El intelectual, a través del descubrimiento científico, de la educación, de la palabra, de la teorización, produce poder. Un poder decisivo en la sociedad de la «revolución científica técnica». Y aquí se plantea en todo su alcance el tema de su explotación, de su alienación, de su manipulación por el estado capitalista. Este poder escapa de sus manos y se convierte en arma contra los valores humanísticos que la comunidad académica ha venido tradicionalmente invocando como patrimonio suyo. El compromiso del intelectual entonces no es un motivo ético de reflexión añadido posteriormente a su tarea, sino algo que resulta de una comprobación insoslayable, que la producción científica y cultural forman parte de un sistema de poder ante cuyos resultados no cabe declararse inocente.

Así, el rigor y la lucidez no pueden quedar reclusos en la tarea especializada, deben proyectarse también sobre su sentido y repercusiones. Hay momentos en que determinados sectores sociales viven la revelación de que estaban sometidos al engaño, al encantamiento. La psicología y la fenomenología existencial insistieron en el valor revelador de las situaciones límite respecto al sentido de la vida que anima al individuo. Lo mismo ocurre en las situaciones de las colectividades. Avanzan en tales casos a primer plano los proyectos auténticos, disfrazados de la existencia cotidiana. El capitalismo en las crisis alumbra el fascismo interior que lo anima, el colonialismo económico paternalista, protector, desarrollista, se convierte en guerra de conquista. En la crisis de los colonialismos podríamos recordar ahora otra gran toma de conciencia por parte de un sector social de la irracionalidad a que estaba sirviendo y que crecientemente iba desmascarando su sinsentido. Es el caso de las Fuerzas Armadas portuguesas en su experiencia de la guerra colonial, su levantamiento desde la manipulación para ponerse al servicio de los verdaderos ideales liberadores llamados a guiar nuestra historia. Fenómenos como éstos, la reacción de los académicos, de los combatientes, ante la explotación de sus poderes, son indicio del despertar de una humanidad crecientemente indómita frente a las estrategias manipuladoras.

■ C. P

(10); Roszak, en «La contestación universitaria». Península. Barcelona, 1973. Pág. 6.